QUE BUSCA EN EL MONTE
AMPARO

TENGO UNA VIEJA FOTOGRAFÍA

Siempre hay más de una razón para hacer un viaje. Están las evidentes provocadas por la necesidad, el placer o el compromiso y las que no se revelan fácilmente, que obedecen a pulsiones que no siempre son conocidas por el viajero sino años más tarde cuando el tiempo nos muestra lo inevitable del viaje casual. La aventura exige pocas o ninguna preparación, pero pese a su buena fama (de la aventura hablo, naturalmente) la mayoría de las personas sensatas prefieren no arriesgarse a contratiempos, aunque éstos puedan hacer más placentero el viaje. Por eso se busca el itinerario más corto, el atajo más provechoso, el mejor camino. Pero inevitablemente cualquier viaje está sujeto a incertidumbres. Los caminos, como los ríos o Heráclito, nunca son los mismos, ni sus certidumbres ni sus azares, aunque nos tranquilice pensar que sí, engañando a nuestro sentido común. El viaje ideal mantiene un compromiso con el destino más bien sutil, nunca será un viaje perdido el que equivoque su meta porque uno siempre está por llegar a su destino que siempre viaja más rápido que nosotros y siempre debe estar en otro sitio. ¡Decir «He llegado» es resignarse a morir en

tantos otros lugares! Por eso se debe pedir que el viaje sea largo cuando se vuelve a Ítaca, a La Pola, al hogar donde puedes no ser reconocido. Con la inocencia que supongo en los versos de Raúl Núñez:

Son las siete de la mañana
y no he de decirle nada a los hombres,
simplemente que me lavo la cara
y que mis ojos también están limpios.

Mirar al mundo con ojos nuevos. Puede que no baste con lavarse la cara para tener los ojos limpios. Para estrenar la mirada a cada paso se precisa entrenamiento riguroso, dejar que la sorpresa tome el mando y dibuje lo antiguo y cotidiano como si fuera nuevo y amablemente extraño. Pero yo me lavo la cara con la solemnidad del ritual que pretendiera cada mañana inventar ojos nuevos. No siempre lo consigo, es cierto, porque es difícil lo que para un niño es simple: no dar nada por sentado, creer que la maravilla aguarda en cada esquina a ser descubierta porque lo cotidiano siempre esconde una sorpresa si sabes mirar allá de lo evidente y predecible. Mas los años van poniendo cortafuegos a su modo, haciendo estanterías, previniendo, todo esto que llaman sensatez y que tanto estorba a la felicidad. Hacer las maletas es acomodar a tu lado la rutina, hacerla cómplice del miedo, caminar los bordes de la playa con las botas puestas. Y nunca se nos olvida meter la sensatez en la maleta. A veces soñamos que caminamos des-

nudos por calles concurridas y despertamos aliviados. Necesitamos un disfraz para parecernos a nosotros. Y somos el uniforme que vestimos, como si nadie estuviera desnudo debajo de su ropa. Al final lo que importa es que viaje la maleta y no nosotros y es un error porque llevarse la maleta es quedarse en el punto de partida o llevarlo contigo a donde vayas. Pero al fin emprendemos el camino porque, como es fama les ocurre a los escualos, dejar de caminar solo les está permitido a los muertos y a los bribones de sangre azul por herencia, compra y robo. Pero ya que el viaje es permanente conviene olvidarse de la prisa y hacer posada a cada paso que cuentan los senderos historias de pasos antiguos, como el mar mece naufragios y amores en cada puerto. Y conviene escuchar la vieja canción que cantan los caminos siempre la misma y siempre distinta como el sol que los dibuja y la luna que los recuerda. Va mi camino junto al río. Y con el río la brisa que saluda a cada paso como si nos acabara de encontrar, como si nos viera por primera vez en cada paso. Viajé muchas veces en autostop, sin dinero en los bolsillos, acomodándome al trayecto que la casualidad marcaba. Era joven y el mundo enorme y generoso. Dormía en cualquier sitio, comía cualquier cosa y siempre había un perro vagabundo con quien mirar a la luna. Ahora ya no se ve a nadie haciendo autostop, nadie se detendría tampoco a recogerlos. Antes sí. Me llevaron decenas de personas buenas desde casa hasta las playas de Cádiz. Nada se me

darte las gracias una vez más por seguir con nosotros. Tú, que podías estar en la mesa de los ricos y de los poderosos, has elegido el humilde bancal de un pobre viejo para dar ejemplo al mundo. Yo no puedo olvidar que en los momentos más difíciles de mi vida, cuando mi hermana se quedó preñada del negro o cuando me caparon el hurón a mala leche, solo tú prestabas oídos a mis quejas e iluminabas mi camino. Calabaza, yo te llevo en el corazón...»

«Yo no soy mala, es que me han dibujado así», dice Jessica Rabbit para justificar su provocadora manera de desenvolverse entre la realidad y el deseo. Cada uno está pintado con los colores y trazos con los que el empeño o la casualidad, la fortuna o la fatalidad, han querido dibujarlos, tratan de entenderse el trazo gordo y la fina línea, el esquemático esbozo con el abigarrado rococó, el luminoso risueño y el sombrío tenebrista, la línea clara y el garabato disparatado. Y, claro, no se entienden. Nos han dibujado así. Nunca encuentro tiempo para afrontar los desafíos que la vida va poniendo aquí o allá, pero puedo entretenerme la tarde entera adivinando los nombres de las truchas que bajan a saludarse al embalse de La Malva. No sabría dibujar un cordero para un principito, y menos un cordero capaz de distinguir entre la rosa y el baobab. ¡Cuántas veces cuidé baobabs creyéndolos rosales! Apenas me desespera mi capacidad de equivocarme. La realidad que espero casi nunca se presenta a la cita, pero viene otra con la que acabo aprendiendo a convivir. Había que-

dado en mi adolescencia con una ciudad y una familia y un empleo y un entorno agradablemente urbano. No llegamos a encontrarnos. No pasa nada. Los años me devuelven puede que tristemente más sabio, tristemente más dócil, pero felizmente conforme con los límites de su patrimonio.

Se llamaba Utopía
Me gusta imaginar
que me engañó cuando se despedía.

El joven que quería cambiar el mundo ahora sabe lo difícil que resulta modificar un hábito particular, una rutina disfrazada de inevitable cotidianidad. No renuncio a cambiar el mundo, pero aquilato mi esfuerzo a la energía que la vida dispensa en cada ocasión y al tamaño de la piedra que soy capaz de levantar. David cambió la historia imaginaria del mundo con una piedra de honda, pero fue Mahoma más veces a la montaña que fue la montaña a Mahoma. Y es difícil saber cuándo uno se ha impuesto una tarea asequible porque no siempre que se baten los brazos se llega a la luna. Mis antepasados trataban a la luna como a un pariente lejano que supiera los ritmos arcanos de la naturaleza, tan necesario era para ellos comprenderlos que fiaban a la luna siegas, talas y todo lo susceptible de ser cortado, pelo incluido, al son de los menguantes y crecientes según se precisara en cada caso. Porque esa luna empapelada de sonetos también contenía la

quieren mis muertos que sea. Así sea. Me detiene el sonido de una fuente.

Fonte frida, fonte frida,
Fonte frida y con amor,
Do todas las avecicas
Van tomar consolación,
Si no es la tortolica
Que está viuda y con dolor.

De todas las fuentes del mundo y tal vez del universo, mi preferida es la «Fonte d'Acá» en La Babuela. La llamábamos Fonte d'Acá para distinguirla de la Fonte d'Allá. La d'Acá, tenía un bañal y allí bebíamos las vacas y yo, a la vez. Ellas bebían con avidez, yo sin sed, solo por la compañía, ajeno a las sensatas y severas advertencias de mis paisanos y las administraciones sanitarias. Nunca me sucedió nada malo compartiendo vaso con las vacas. Ni cuando bebía la leche recién ordeñada por la tapa del bidón y me dibujaba un bigote blanquísimo en aquella cara de niño feliz. Ahora sería un suicidio para estos niños desinfectados y sobreprotegidos hacer lo que yo hacía y está bien que así sea, las cifras de mortalidad y longevidad así lo acreditan, pero no hay tesoro en el mundo que yo no pagara por volver a aquella fuente a beber entre mis vacas. Muchas fuentes conserva mi memoria y a ellas acude a beber cuando lo precisa mi nostalgia. No hablo de aquellas monumentales que a cada paso salen a tu encuentro en Roma, y que tanto amo, tan bellas que dan ganas de llo-

rar, pero que tienen más de barroco mobiliario urbano destinadas a sobrecoger el espíritu que a calmar la sed. Hablo de mis fuentes somedanas de mínimo caudal que obligan a quien bebe a besar la piedra. Eran parada y fonda obligada en el camino, marcaban las etapas y no había viaje, por apresurado que fuera que osara saltar su llamada cantarina. En Somiedo bebemos la nieve así, en la dulce boca que las xanas nos ofrecen a cada paso. Cuando, ya adolescentes, subíamos de Belmonte a casa hartos de beber el afortunado resultado de destilar las bayas del enebro, teníamos parada obligada en la Fuente de La Malva, un angosto agujero en la peña donde era obligado meter la cabeza y sorber la caliza de la montaña si querías paliar los efectos de la resaca, que ya de amanecida, se adueñaba de tan jóvenes e ingenuos cuerpos. La Fuente de las Monjas en El Puerto cumplía la misma función si veníamos de Villablino. Otras fuentes anegan mi memoria. La del Letrado en el Lago del Valle, la Fuentesanta (si acaso no es redundancia) de Pigüeña, la Fonte de la Cabana que nacía debajo de una peña blanca donde conocí a una xana que peinaba su rubia melancolía con peine de oro y nieve. ¡Tantas fuentes amigas en los caminos que la memoria recorre! Bermudo, donde los niños de la escuela íbamos a buscar el agua que nunca saciaba la sed de recreos. Pero en La Pola teníamos la Fuente de la Plaza. Cuando yo la conocí era fuente con dos caños y un bañal donde bebía el ganado. Luego, la pueblerina

Me moriré en París con aguacero,
un día del cual tengo ya el recuerdo

Será fácil que me muera en Somiedo con aguacero. A mí siempre me da por pensar que parte de esta agua bendita, por razón del complejo sistema fluvial, acabará en el mar y que añorará allá, en medio del inmenso anonimato azul, este protagonismo de rotundo torrente cantarín, por eso vuelve, con la misma determinación que muestran los salmones o las golondrinas o yo mismo, de retornar al origen, al líquido amniótico que envuelve los paisajes familiares. Es cierto que la felicidad siempre ocurre en el pasado, pero ahora mismo me siento bien bajo la lluvia y tengo la certidumbre de que estoy amasando un recuerdo feliz como el alfarero sabe de la jarra que esconde el informe trozo de barro que se dispone a moldear. Es un don. La vida no se olvida de dejarme su dosis de amargura, de dolor, de tristeza, de frustración... pero a poco que me empeño soy capaz de poner un jardín a la medida de mi felicidad y apenas necesito materiales: una canción, un libro, una nube distraída, una campana, una sonrisa ajena son cimientos suficientes para hacerlo. Sé que es un don que incomoda a los tristes a los que tanto ofende la felicidad ajena, pero vivir en estos lugares poblados de soledad facilita mucho las cosas. El caso es que mientras aguardo a que escampe bajo la acogedora encina me distraigo viendo como la lluvia tamborilea sobre un cartón que envolvió algún alimento y que algún

desaprensivo abandonó a su suerte en estos parajes. Lo recojo como si se tratara de un mensaje que llegara a la playa en una botella. Se trata de una caja de palitos de trigo y chocolate Lucky Stick, así, en inglés, pero todo lo demás está escrito en japonés (creo). Imagino al operario repostero japonés controlando la cadena de producción de su factoría de Osaka, Tokio, Kioto o Yokohama con ese celo que siempre suponemos a los orientales que tanta admiración y temor nos causa, supervisando que la cantidad exacta de chocolate bañe la barrita de trigo mientras piensa en la sonrisa feliz de montones de niños de ojos rasgados. Puede que en un esfuerzo de imaginación incluya los redondos ojos de los redondos niños norteamericanos, pero ni remotamente podrá imaginarse que alguien, en estas montañas que nunca supieron del pudor de la sonrosada sonrisa del almendro, a más de diez mil kilómetros, comprobara la textura y sabor de su concienzuda tarea. Pues así fue, para su pasmo y el mío. Los mercados hacen lo posible por evitarnos el asombro. Ya no queda casi nada que Amazon no esté dispuesto a dejar en tu puerta. Ahora viajamos, no para descubrir, sino para confirmar. Envidio a aquellos exploradores de siglos atrás que se adentraban en lo desconocido y se encontraban con otros idiomas, otras gentes con otras costumbres, con otras religiones (aunque fuera por poco tiempo), otros mundos. Ahora, salvo remotísimos lugares en remotos desiertos o selvas, todo

sus cabezas, pero «*eso no va a pasar mañana*» y con esa esperanza vivimos Abraracúrcix y yo. Como Plutarco,

Habito un pequeño pueblo, en el que tengo forzado empeño de permanecer, para que no se haga más pequeño.

Más que una elección, es un compromiso. Amar este paisaje es amarme a mí mismo, efímero secundario, como una nuez o la inquieta lagartija, pero participe de esas íntimas conexiones que conforman un ecosistema. Y me siento orgulloso de pertenecer a este paisaje que nunca deja de asombrarme. Aquí regreso siempre con la misma emoción con que aquellos diez mil griegos se encontraron con el mar, también grito al acercarme: *Thalatta! Thalatta!* Como si yo también avistara, después de un largo viaje, el mismo mar que nos cuenta Jenofonte: el sendero que ha de llevarnos a casa. Aquí vive mi nostalgia. Vivir es acordar con el olvido qué vamos a dejar para el pasado, que nada más que allí se puede revivir el presente. Canta de pronto un mirlo.

Estuviste esperando este momento
Para echar a volar
Vuela mirlo, vuela mirlo,
A la luz de la negra noche ¹⁰

Anuncian la noche que tanto madruga en los días otoñales. Frente a mi casa siempre hay un par de mir-

los (a veces tres, o cuatro) afanados en esa rigurosa inspección del suelo que tanta gracia me hace. Los ves tan serios y enlutados, así como para ir a dar el pésame a un pariente y luego, esas breves carreras, esas paradas repentinas, como si leyeran con urgencia algún intrincado libro y de pronto les sorprendiera alguna palabra desconocida o lo profundo del mensaje, ¡quién sabe! Su lectura es, pese a todo, inquieta, como gacelas que presienten en el silencio el hambre del tigre, y con cualquier movimiento inesperado levantan el vuelo a una rama próxima. Es entonces cuando aprovechan para enseñarle a la tarde una nueva canción. Me gusta pensar que este mirlo que acaba de cantar es el mismo que hace sus sagradas lecturas delante de mi casa, que me conoce y me saluda, tal vez feliz también de encontrarme aquí. Mirlo. Hasta el nombre es hermoso y cantarín, un trino alegre en el viento. Siempre que tengo que elegir entre el nombre autóctono o el castellano para nombrar a un árbol, un animal, o un accidente en el paisaje, elijo el nombre que aquí le dimos, excepto con el mirlo del que prefiero su melódico nombre castellano. Encantado de saludarte, mirlo amigo. Uno nunca viaja solo en estas soledades. Cuando voy de visita a la ciudad sí me siento solo muchas veces. Claro, no conozco ni las calles, ni las gentes, ni los mirlos. Es extraña la soledad. Algunas veces, como ahora mismo, caminas solo y me siento acompañado y feliz y otras, rodeado de gente, de multitudes, la soledad te atrapa